II PREMIO "VIDA Y SALUD" DE RELATOS

RELATO GANADOR CATEGORIA ESTUDIANTE-PROFESIONAL DE ENFERMERIA

Vida de Perros

Autor: RAFAEL PASCUAL MARTÍNEZ

"Amigos" de Izquierdo

Entró fácilmente a la casa gracias a la copia de la llave que le facilitó su marido. Procuró actuar sin hacer apenas ruido, ya que cualquier error podría echarlo todo a perder. Al fondo de la casa se escuchaba el alboroto de los cacharros que la mujer estaba trajinando en la cocina. Guiado por el sonido de esta actividad dirigió sus pasos hacia esa parte de la casa mientras enroscaba el cilindro silenciador del cañón de su arma. No era su especialidad el matar adúlteras, pero este trabajo iban a pagárselo bien: de sobra como para comprarse un nuevo coche (falta le hacía). Cuando entró a la cocina la mujer dejó caer ,sorprendida, el frutero que estaba fregando. Le sonrió al hombre y sólo le dio tiempo a pronunciar *cariño...* porque acto seguido éste dejó asomar su arma para propinarle varios disparos que impactaron en su mayoría en el pecho (en la cara sólo uno).

Había sido una buena amante y ahora le pagaba así el haber arriesgado todo (posición, dinero, familia...) por él. Se sentía como un cerdo, pero su marido no perdonaba traiciones y, además, sabía pagar bien los trabajos profesionales.

Una vez en la calle se preguntó que pasaría si el marido se enterase de que contrató al hombre que le ponía los cuernos con su mujer. *Que se joda,* pensó, y no tardó mucho en olvidarse de aquel asunto. Se había merecido unas buenas vacaciones.

UNA DESPEDIDA

Era como la lámpara de Aladino pero con botones. Bastaba pulsarlo para que apareciera, solícita y siempre con una sonrisa en los labios, Lola, su (futura) mujer-genio en bata de ir por casa. Un abrazo. Besos apoyados en el quicio de la puerta. A ella se le iluminaban los ojos y eso le gusta. Después, despliegue de simpatía ante los (futuros) suegros, que lo reciben de nuevo enfrascados en seguir los avatares de un concurso de televisión. Don Manolo apenas le hace caso, concentrado en pensar capitales de la Unión Soviética *porejemplomoscú* a veinticinco pesetas la respuesta. La señora Dolores se levanta de la butaca, sonriente, y le hace los parabienes.

-Te quedas a cenar, ¿no?

No. El olor a patatas hervidas con bajocas que le llega de la cocina invita a rechazar el ofrecimiento, pero ese no es el motivo por el que elude la vela-

da familiar. Pasado mañana marchará con el primer tren a Barcelona, con un maletín cargado de dinero -más dinero que el que pudiera ganar al final de su vida como detective privado- y con un horizonte de sueños y posibilidades anidando en su cabeza y brillándole en las pupilas: dedicarse a la pintura, más allá del éxito o el fracaso -respaldado por una fabulosa cuenta corriente-, del espionaje a cargo de maridos cornudos, demenciales días encadenados y hervido para la cena junto a la novia de toda la vida. Precisamente por eso último ,por toda la vida -la anterior a la que pronto empezaría-, esta noche llevará a Lola a uno de esos restaurantes de la Explanada a celebrar o ceremoniar con una opípara cena la despedida definitiva de la chica y de todo lo que representa.

-No, que va mamá. Ramón me va a llevar esta noche de cena -dice Lola y se retira para cambiarse de ropa y arreglarse-. ¡Enseguida estoy lista!

-¿Acaso te ha tocado la quiniela, chaval? -dice don Manolo, sin apartar la vista del televisor.

-Casi, un cliente a quien su mujer le ponía los cuernos me daba un extra si le daba un par de tiros por puta.

-¡Ay! ¡Siempre con esas bromas tuyas de bestia! -dice doña Dolores fingiendo sntirse escandalizada- Y tú, Manolo, ¿ a qué viene eso de la quiniela? ¿No ves que el chico quiere tener un detalle con la niña? Nada, nada..., salid y divertiros, ahora que sois jóvenes y...

-¡Lo que tendrían que hacer es ahorrar, joder, sobre todo él, porque a este paso ya me dirás tú cuándo van a casarse los dos!

La discusión queda, como siempre, en un escarceo, esta vez debido a que a los concursantes apenas les quedan unos segundos para seguir diciendo capitales si es que quieren pasar a la final, según le explica el viejo tras el amago de varapalo. El concursante está pálido y sudoroso porque sabe que va a volver a casa de vacío, mientras su compañera se empeña en mantener una expresión idiota con los mofletes inflados y los brazos gesticulantes, tratando de darle pistas al pasmado. En esas el televisor empieza a hacer ruidos e interferencias salpicadas de puntitos grises, como una metralleta de neón. Don Manolo espeta una maldición y salta como un muelle del sillón para tratar de arreglar el vetusto aparato a base de mamporros. La escena es cotidiana y él comienza a impacientarse ante la tardanza de la chica, que ahora debía rondar por el baño a juicio del trajín que allí se percibía. Soltó una espiración profunda e hizo crujir, mientras estiraba los brazos sobre su cabeza, los nudillos de sus apretadas manos.

Al rato aparece Lola, sonriente, con su vestido de puntitos negros sobre fondo blanco y la melena negra arracimada sobre los hombros desnudos. En la mano, la rebeca. Está realmente hermosa y se lamenta de no poder llevarla consigo en su viaje, demasiado tarde ya, y se levanta para besarle la boca recién acariciada por pintalabios barato. Ella vuelve a sonreír y pregunta a dónde vamos, pero eso es una sorpresa aunque luego le recrimine fingiendo enojo al no habérselo advertido para ponerse un traje mejor, es igual tú estás preciosa de todos modos, tequiero.

El televisor vuelve a funcionar y escupe la imagen de los apurados concursantes celebrando a saltos la apurada victoria arañando el cronómetro. El viejo se enfada y comienza a maldecir al televisor. La escena tiene gracia y todos -menos el atribulado teleespectador- comienzan a reír. Qué estampa tan boba.

RAMÓN NOVOA

Tanto sopapo llevabas encima que ya no sentías nada. Tanto es así que el muñón que tenías en lo que era tu índice derecho tan sólo te producía un leve hormigueo. Habías perdido la cuenta del tiempo que podrías llevar en aquella habitación, unas horas o tal vez días, quién sabe. Al menos, para iluminar aquel cuarto habían elegido la diapositiva en que mejor salías: había que reconocer que el fotógrafo sabía hacer bien su trabajo y era todo un profesional, pues había conseguido captar tu mejor perfil -tal vez el mejor que hayas visto en una foto tuya- junto con la fuerza de la arrebolada expresión orgiástica de la mujer mientras se retorcía sentada sobre tu cuerpo tendido en la cama cuando hacíais el "caballito desbocado". Esa era la única luz que enconase al abrir los ojos de nuevo: dos cuerpos -el tuyo y el de ella- proyectados en la pared, imagen pretérita de un esplendor juvenil ahora ajado por una parte y vapuleado por la otra -la tuya- por avatares del destino, las pistolas con silenciador y los mandos celosos. El

zumbido del proyector se te colaba sigiloso *por los* oídos amplificándose en el interior de tu cabeza. Las fuerzas te llegaban para al el cable del aparato y tirar de él consiguiendo el desvanecimiento del siseo del motor y de la imagen que inundaba la pared, perdiéndose para siempre como si las dos figuras hubiera alcanzado el fin último que les condujo a las sábanas. Te recostaste sobre la pared para iniciar una especie de suelo o de memoria de cómo fuiste aparar entre esas cuatro paredes. En cualquier caso, y eso te honra, nunca dejaste de considerarte como único culpable de tus desgracias. Demasiado ingenuo, o novato, o ambas cosas.1

"Perdonen, pero tengo algo que les va a interesar", fue lo que dijiste a la pareja que habías seguido de nuevo aquella noche hasta una de las terrazas de moda en San Juan, *"Que conste que no me gusta meterme en la vida de nadie pero es mi trabajo"* Se miraron entre ellos, extrañados y tu continuaste. *"Bueno iré al grano. Mi nombre es Rámón Novoa, detective privado y ahora mismo estoy a las órdenes de su marido, quien ha contratado mis servicios para demostrar su, digamos, supuesta infidelidad"*- a estas alturas tu discurso ya sonaba firme y sin titubeos. Autoritario, Del forro de tu chaqueta imitación de cuero extrajiste un sobre de estraza en el que se encontraban las fotos. Se las pasaste a la pareja ya muerta de miedo. *"Verán, ya les he dicho que no me gusta inmiscuirme en la vida de los demás, pero un contrato me une a m cliente, en este caso el marido de la señora"*-ahora te dirigías al fulano, cuyo color de cara pasó con pasmosa velocidad al morado nazareno- *"Y como yo no deseo ningún mal a nadie, y que conste que usted puede tener muchos problemas con el mando de la señora, según me comentó podríamos hacer un arreglo. Pongamos que por cien mil pesetas, un poco más de la minuta que percibiré de mi cliente, nos olvidamos del tema y le digo que todo ha sido producto de* su *celosa imaginación Me invento cualquier historia sobre las escapadas de la señora y todos contentos. Y les advierto que las fotos que tengo para mostrar a mi cliente son las de la escapadita al chalet del caballero. Les aseguro que son las más interesantes"* El hombre era incapaz de articular palabra mientras que ella parecía simplemente algo contrariada. Tú, que ibas de farol, te sentiste aliviado al ver la reacción del fulano porque ello suponía que se habían tragado la historia de las fotos con la pareja retozando en una casa de campo. Que ingenuos. Tu mediocridad sólo te permitía fotografiar a la adúltera paseando por el puerto con aquel hombre cogido de la mano. En cambio, las fotos que te hicieron o que te dejaste hacer sí que denotan detrás de ellas la mano de un profesional. El resto, ya lo conoces: quedar con ella en su casa para entregarle un carrete virgen, coger el dinero y dejarte llevar por sus brazos fue todo una. Descubriste qué tenía aquella mujer capaz de arrastrar como un pelele a un hombre donde sus pasos le indicaron. Vuestros encuentros se hicieron frecuentes a partir de aquel día. Semanas después su marido volvería a reclamar tus servicios, esta vez para un encargo poco corriente: la intuición le bastaba, según dijo, para saber que su mujer se la estaba pegando con otro, a pesar de los informes que le entregaste, y ahora no quería pruebas de ello, sino su cabeza directamente. Y a muy buen precio, por cierto.

Oíste ruido detrás de la puerta y eso indicaba que de un momento a otro iban a seguir ablandándote un rato más, hasta quedar exhausto o muerto. A esas alturas ya te daba lo mismo una u otra cosa. La luz exterior se abalanzó sobre tus ojos y pronto te vino de nuevo a la cabeza el lugar en el que estabas. La silueta oscura de tu ex-cliente, el señor Mirambell, recortaba la claridad que se introducía por la puerta del trastero. Detrás de él la ya familiar figura del fornido gorila pulsaba el interruptor de la insuficiente bombilla dejando a la vista los rincones atiborrados de cacharros de un trastero más grande que el cuarto de tu pensión. La mirada fría y orgullosa de Mirambell se clavó de nuevo en tus ojos.

-Tengo buenas noticias para ti. Voy a pegarte un tiro. Ya me estoy aburriendo de esto...tengo cosas mejores que hacer.

El recorrido era largo, pero valía la pena. Después de prácticamente perderte hasta llegar a uno de esos polvorientos caminos de urbanización de chalecitos para nuevos ricos lograste dar con la dirección que te fue indicada. Se trataba de un pequeño monte pelado con aproximadamente una decena de plantas bajas individuales, todas ellas con su piscina y sus palmeritas y sin apenas señales de vida inteligente, esperando la llegada del calor estival para ser de nuevo invadidas por sus dueños en busca de tranquilidad y de la playa que había a siete kilómetros.

-Adelante, López, acabe de una vez con él- El gorila obedeció desenfundando ceremoniosamente la pistola que portaba en la sobaquera.

Había que reconocerle un buen gusto exquisito a tu cliente. Las pinturas que poblaban las paredes de la casa contrastaban con los chistes de cornudos que tu imaginación había confeccionado para él. Te dio una efusiva bienvenida y te acompañó a su despacho. Una vez allí te volvió a felicitar por tu trabajo y ese tal López, que os había estado esperando arriba, te entregó el maletín con tu recompensa. Lo tomaste, dispuesto a observar su contenido. El billete de tren palpitaba en el bolsillo de tu abrigo.

-Lo...lo que pasa es qu...e te faltan cojones par...para hacerlo tú -la vida te iba en juego y sacabas fuerzas de donde no las habían. Te levantaste pesadamente y le dijiste aquello a tu antiguo cliente, que hasta entonces sólo había mostrado una actitud espectante- Los cuernos te pesan demasiado para disparar -le espetaste, sin titubeos, a la cara.

Hizo un gesto a López, quien le tendió el arma.

Tus dedos torpes levantaron los anclajes del maletín. Lo abriste y en ese gesto todo se vino abajo. Lo único que contenía era una especie de atlas fotográfico del amor, contigo y con la mujer del cliente que ten encargó su viudedad como protagonista. Ante la sonrisa y la mirada cínica de Mirambell tan sólo podías apretar los dientes y tragar saliva. Sentiste un golpe seco en tu cabeza y después como López, el gorila de tu cliente, te llevaba sobre su hombro hasta el trastero exterior: el resto ya lo conoces. Me parece que estuviste ahí dentro cerca de cuarenta y ocho horas.

Aprovechaste ese movimiento para abalanzarte sore su mano y pegarle un mordisco que dejó en tus labios un empalagoso gusto de sangre. El arma cayó al suelo y tú con ella. Notaste la empuñadura fría y familiar, como una antigua novia, y conseguiste ganar algo de terreno reculando a rastras. López había ahogado su grito y ahora rugía de rabia mientras se disponía a saltar sobre ti. Te recordó el gigante del cuento de las judías mágicas. La pistola, ahora en tu poder, apuntaba a un lugar indeterminado de su anatomía, pero cuando trataste de disparar te diste cuenta de que te faltaba un dedo.

López se había quitado la chaqueta negra para trabajar más cómodo. En una mano llevaba un bate de beisbol, y te sonreía. "No va a reconocerme ni mi madre", pensaste. Al fondo, el marido ultrajado se entretenía pasando las diapositivas de las fotos tuyas con su difunta esposa.

La manera en la que empuñaste el arma era prácticamente inverosímil pero, a fin de cuentas, la mejor que se puede adoptar si uno quiere disparar con su dedo corazón, en una mueca en la que parecías estar mandando a hacer puñetas a aquella mole enojada al tiempo que lo pasaportabas vía urgente al otro barrio. Dado tu estado de fuerzas, si no lo hubieras tenido tan cerca, prácticamente encima, nunca le hubieras dado. El gigante cayó fulminado y verlo tendido en el suelo te dio una sensación de victoria que multiplicó tus maltrechas fuerzas. Pegado a la pared, helado por el miedo, se encontraba el otro hombre. Ahora era él quien apretaba los dientes y tragaba saliva, sin atreverse a mencionar palabra. Nada más ver su actitud supiste que todo había terminado y no había más que preocuparse de la forma en la que ibas a salir de allí y de eliminar todas las pruebas de tu presencia.

El cañón miraba a la cabeza. Permanecisteis unos segundos en aquella inmovilidad: él tratando de que su paralizada mente viera la luz que le indicara cómo salir de esa, y tú pensando en alguna frase ingeniosa o lapidaria como aquellas que siempre pronuncian los sheriff de las novelas de "Estefanía" antes de llenar de plomo al bandido. Pero eres un principiante hasta para eso.

-Minsk...-Dijiste por fin, ante la mirada atónita del otro-. Es una capital soviéti...ca. Como el Dinamo d...M...Minsk

VIDA DE PERROS

Aquella mezcla de olores que percibió al abrir la puerta de su vetusta vivienda le confirió la tranquilidad que adquiere la fiera cuando el aroma de sus antiguas meadas a lo largo y ancho de la selva le indican que ha entrado en los acogedores lindes de su territorio. La peculiar mezcolanza resultante de la sabia combinación de tan dispares elementos, cada uno en su medida justa, como si de ingredientes de un plato exótico se tratase, eran indicadores directos al ávido olfato del hombrecillo de que todo estaba en

orden, al menos por ese día: el ansiado aroma de la fritanga le decía que su ahora más imperiosa necesidad básica sería cubierta en breve, aun saltándose a la con la complicidad de su mujer, las recomendaciones dietéticas de la médica del Seguro; el tufo de la lejía barata extendida por todos los rincones; la humedad de las paredes, cuyo empapelado de pájaros tropicales dejaba asomar vastas extensiones de yeso, emergidas a la superficie por la insistencia de los años (imposible poner más cuadros para tapar tanta calva); la carcoma de los muebles... En definitiva. un universo policromo tan sólo perceptible al entrenado olfato de su amo.

Después, dejar para luego las ideas que venía rumiando por el camino para así poder concentrarse plenamente en el pequeño ritual que oficiaba cada vez que volvía a casa. Pasar los cinco cerrojos de la puerta, colgar la gabardina de la alcayata de la pared del pasillo (el perchero hace tiempo que quedó inservible, después de incontables años al servicio de la familia), y esconderlas llaves detrás del cuadro de los caballos. Todo ello acompañados de unos pausados movimientos que infundían cierto aire, de solemnidad al momento. Gestos todos ellos articulados con precisión de relojero, excepto en el momento en el que sale disparado hacia él, para recibir un puntapié en el costillar derecho, Pisper, el perrito de su mujer. El animalillo, como siempre que escucha los sonidos delatores de la llegada de su amo, sale disparado a recibirlo atravesando el coro pasillo que separa a los dos. Después, comienza a dar saltos y a menear el esbozo de rabo que, como un muñón mal cicatrizado, asoma en su trasero, despertando así las iras del hombre, que nunca ha podido tragar a esa caricatura de chucho, regalo de las beatas de sus cuñadas.

- ¡Aparta, joder, que me llenas de babas!- le dice el anciano al animal, que, a pesar de los reproches siempre ha sido fiel a la llegada del amo.

Cada improperio, sin embargo, tiene la precaución de decirlo entre dientes, para que su mujer no intuya el más mínimo indicio de manía hacia el perro (imagen proyectiva de las pías cuñadas.

- Ramooooón, ¿cómo han quedao ?- suena, meliflua voz de su mujer desde el fondo de la vivienda.

La voz le recuerda que ha de sacar el gorro del bolsillo de la gabardina para ponérselo. Se trata de un horrible cucurucho de lana bordado con los colores de su equipo coronado con una enorme bola de pelo en su vértice que le da un aire de árbol de Navidad. Refunfuñando, estira la abertura del gorro para acomodarlo al perímetro de su cabeza. Sabe que así contentará a su mujer, cuando ésta le vea puesto el gorro que le bordó para ir al fútbol. Por supuesto que ni se le ocurriría ponérselo en el estadio, aunque en ello le fuera la vida.

- Uno a dos. Hemos perdido.

Se sienta en el hueco del sillón que hay junto a la mujer. Ese día la televisión se saltó la protocolaria película del oeste para emitir un telemaratón a beneficio de nosequé, consiguiendo atraer por entero la atención de la mujercilla que, a pesar de todo, era capaz de continuar tejiendo con grueso hilo de lana una indescriptible cosa roja sin apartar la vista de la pantalla. Acompasaba el ritrno de sus dedos manejando las largas agujas con el cadencioso tono de sus palabras, hablando al marido de lo que llevaban recaudado, de la cena de esta noche, y de las sábanas de la vecina sin que éste prestara atención alguna, ensimismado en el dulce cansancio que inundaba su cuerpo por la caminata desde el estadio y en sus deseos de no pensar en nada, mejor así, vamos a dejarlo estar.

El perro, desde su cesta amenazaba con saltar a las rodillas de su amo. A veces, pensó, le gustaría tener una mano con cinco dedos para estrujarle mejor el pescuezo a ese animalejo. Cogió una revista y la enrolló para repeler de un mandoble la potencial embestida del perro. Pisper desistió de sus intenciones y se perdió por detrás de las cortinas. La chica de la portada anunciaba cómo conseguir unos pechos perfectos sin cremas y sin gimnasia, y el viejo se aventuró a darle el visto bueno a la amazona agazapada en la vorágine de papel mientras lejos de allí, en un lugar apartado en la memoria, un hombre mira al frente con la esperanza de que el horizonte no sea un espejo de lo que deja atrás, en un sueño ya casi palpable a fuerza de reiterado, dirigiendo, por fin, sus pasos al lugar y al instante en el que todo parece que empieza. Apartó su vista de las tetas de la modelo. Una niña de Huesca, decía la tele, había roto su hucha -dos mil pesetas- para contribuir a nuestro querido y ya tradicional programa.